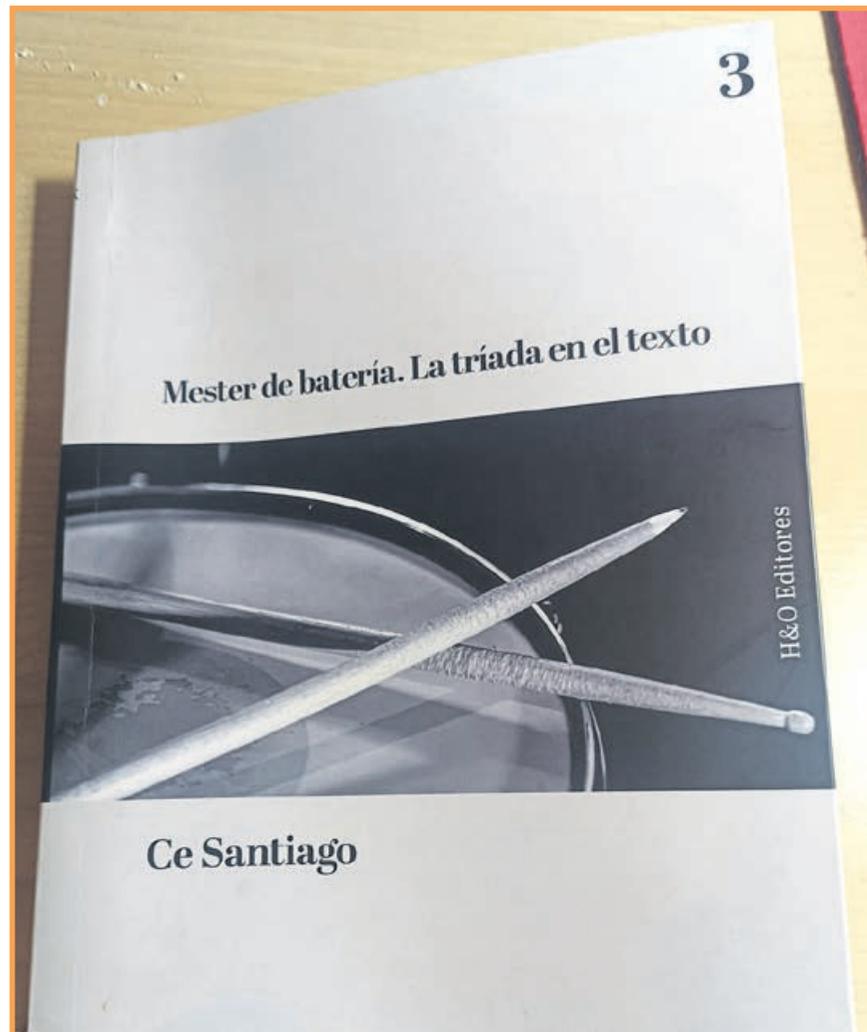




‘MESTER DE BATERÍA, LA TRIADA EN EL TEXTO’ ES EL ÚLTIMO TÍTULO RECIÉN LLEGADO A LIBRERÍAS DE LA COLECCIÓN NMK DE H&O EDITORES. EN ESTA COLECCIÓN HA PUBLICADO ALBERT SERRA CON UN BRINDIS POR SAN MARTIRIANO (EN ESPAÑOL Y CATALÁN) Y ARNAU PONS, CON ARTAUD, CRUZ ENTRE DOS ROSTROS. EN LAS DOS IMÁGENES QUE APOYAN ESTE ARTÍCULO SE PUEDE VER LA PORTADA DE ‘MESTER DE BATERÍA. LA TRIADA EN EL TEXTO’ Y AL LADO EL FANTÁSTICO BATERÍA DE JAZZ MAX ROACH EN UNA IMAGEN TOMADA EN 1950 JUUNTO A SU BATERÍA.



NICOLÁS DORTA

Entender la batería más allá del instrumento que sostiene una banda, asienta y afirma el ritmo, que no es poco. Concebirla como una entidad indivisible de la tríada ritmo-cuerpo-instrumento, ligada a la escritura y a otras narrativas del mundo. La batería como sustancia del ritmo vital, porque sin ritmo no hay vida, no hay latido, ni estaciones, ni cambio, ni amor, ni una base sólida donde crecer y crear. La batería como la consecución de unos pies en movimiento, el chasquido de los dedos o las manos que golpean una mesa; el pulso interior, ese a priori sincopado, primitivo, ese golpe que no damos pero que sostiene todo. El redoble que pone punto y aparte a una nube borrosa de pensamientos. El *groove* (dicen los americanos) del tambor es «el mismo ritmo que da vida al texto porque no es otro que el mismo que hay en todo y en todos», escribe Ce Santiago en el ensayo *Mester*

Sin ritmo no hay escritura posible

Ce Santiago publica ‘Mester de batería’, un ensayo sobre la relación entre el texto e interpretar un instrumento que evolucionó por obra y gracia de los maestros del jazz

de batería, la tríada en el texto, publicado por H&O Editores y que acaba de llegar a las librerías.

Devoro el texto en una tarde con la sonrisa cómplice de escribir con el instrumento al lado. Miro a la batería y le hablo. Me siento en ella para calentar el cuerpo y despejar la mente, como el que hace una tabla de yoga o se dispone a meditar. La toco primero con las yema de los dedos y hago vibrar los platos. Cojo las escobillas, barro los parches como si quisiera

encontrar alguna verdad. Luego agarro las baquetas. Toco solo negras en el ride y dejo que el sonido se expanda por la habitación.

Con mi primer sueldo me compré una Sparkle roja y formé un grupo de rock

No recuerdo si el instrumento vino a mí o al revés. En la banda me dieron un uniforme. Empece con la caja,

una bordonera mucho más grande que yo y en proporción, más pesada. Aguanté con ella miles de procesiones, detrás de los santos, repitiendo el mantra que hacía caminar a todo el mundo igual. Si me paraba, se paraban todos. Era el dueño de aquello. Con mi primer sueldo, de camarero, me compré una Sparkle roja y formé un grupo de rock. El cuarto de ensayo era nuestra iglesia, nuestra mezquita, nuestra sinagoga. Todavía comparto grupo con el

bajista. Fuimos teloneros de la Oreja de Van Gogh, de Celtas Cortos y de Molotov (sí, el de “Puto”) sin tener mucha idea de nada. Fracasamos: problemas de sonido, falta de experiencia, una miseria de caché, desafines, poco público... pero mantuvimos una energía que parecía inacabable, que se sostenía por la electricidad del ritmo y que sigue aún en muchos de nosotros. En la Universidad pasé al jazz. Cambié la manera de tocar, de comprender el instrumento. Escuché otras músicas: Metheny, Coltrane, Davis, Mehdau, Keith Jarrett... hasta hoy. Nadie, salvo los dioses, aprende a tocar muy bien. Nadie está a salvo del error. Igual en la escritura. Hay libros que no se hubiesen podido hacer sin haber escuchado antes algunos discos. Y viceversa.

Imagino a Ce Santiago en su casa apartada del norte de España, en su cuarto, frente a una preciosa batería. También la mira, se sienta y la acaricia. Piensa cosas que olvida al instante, toca un